

DOMINGO V DE CUARESMA, CICLO A

DEL SEÑOR NOS VENDRÁ LA RESURRECCIÓN

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Ezequiel 37,12-14; Romanos 8,8-11; Juan. 11, 1-45



1. Las cosas que comienzan, también acaban. Esto es lo que está ocurriendo con este tiempo de preparación para la celebración del Triduo Pascual, que es la Cuaresma. Nos encontramos ya en el último domingo de este tiempo santo. Santo, porque Dios, que es santo, nos ha dado gracias abundantes y santas, para que fuéramos, al menos, un poco más santos. En el salmo responsorial, hemos dicho a nuestro Dios: *del Señor viene la*

misericordia, la redención copiosa. Lo que hemos de preguntarnos con valentía es si hemos querido y sabido corresponder a esa acción Dios sobre cada uno de nosotros.

2. Intentando resumir en pocas palabras el mensaje que Dios nos quiere dar, a través de las lecturas de hoy, éstas podrían ser las palabras que lo expresan: *Dios, que es espíritu y vida, hace resucitar y da la vida.* En efecto, entresacando una frase de cada lectura, se comprueba la sintonía perfecta que hay entre ellas, y que el mensaje es similar. Si en el texto de Ezequiel leemos *infundiré en vosotros mi espíritu, y viviréis,* al apóstol Pablo le oímos decir: *el mismo Espíritu divino, que resucitó a Jesús de entre los muertos, hará revivir vuestros cuerpos mortales.* Y, a modo de plenitud, en el evangelio, Jesús dice de sí mismo: *Yo soy la resurrección y la vida.*

El evangelio del domingo pasado nos presentaba a Cristo como *la luz del mundo.* En el que hemos escuchado hoy, Jesús aparece como *la resurrección y la vida.* Estas frases van precedidas del *Yo soy.* En el evangelio de San Juan, la expresión **Yo soy** aparece 33 veces en labios de Jesús. En 23 ocasiones existe un predicado: *Yo soy el camino, la verdad y la vida; yo soy la luz del mundo; yo soy la vida verdadera...* Pero en cuatro ocasiones (8, 24.27.58; 13, 19) aparece usado este término en sentido absoluto, sin predicado y como objeto del verbo creer o conocer: *Jesús exhorta a creer que ÉL ES, a conocer que ÉL ES.* En el Antiguo Testamento, aparece que el nombre que Dios se da a sí mismo es *Yo soy* y, por lo tanto, es equivalente a *Yahvé.* Al emplearlo Jesús, está diciendo implícitamente que Él es Dios; está manifestando su divinidad.

3. Cuando Cristo dice de Él que es la vida, por un lado, nos está diciendo que Él, en cuanto Dios, vive desde siempre y para siempre y, por otro, nos enseña que ha venido a traernos la vida. Decía el recordado y querido San Juan Pablo II: *Jesús ha*

venido para dar la respuesta definitiva al deseo de vida y de infinito que el Padre celeste, creándonos, ha inscrito en nuestro ser. En la culminación de la revelación, el Verbo encarnado proclama: **Yo soy la vida** y también: **Yo he venido para que tengan vida**. ¿Pero qué vida? La intención de Jesús es clara: la misma vida de Dios, que está por encima de todas las aspiraciones que pueden nacer en el corazón humano.

El mismo Papa añadía: *Jesús ha salido al encuentro de los hombres, ha curado a enfermos y a los que sufren, ha liberado a endemoniados y resucitado a muertos. Se ha entregado a sí mismo en la cruz y ha resucitado, manifestándose de esta forma como el Señor de la vida: autor y fuente de la vida inmortal.* El que como hombre murió y resucitó, al tercer día, Él mismo es la resurrección. Y, así como Él venció a la muerte resucitando, así también nosotros resucitaremos. Y resucitaremos para el cielo con nuestros propios cuerpos, que se unirán a nuestras almas para vivir eternamente en el cielo, si de verdad le seguimos con nuestra fe, con nuestro amor, con nuestra entrega generosa, con nuestro testimonio cristiano.

4. Cuentan que un hombre fue a ver al párroco para hablarle del funeral de su padre y le dijo: *mi padre quería que le despidiéramos en la iglesia. Nosotros, sus hijos, somos agnósticos. Le pido, por favor, que nos ahorre todas sus "piadosidades"*. El párroco eligió como evangelio el de la resurrección de Lázaro. Lo escucharon con emoción contenida. Al terminar la misa, el hijo se acercó al cura con lágrimas en los ojos y le dijo simplemente: *¡gracias!* Y es que el relato de este evangelio nos introduce en el umbral del misterio de la muerte y de lo que ocurrirá después de ella. Si queremos, todos podemos abrirnos a esta misteriosa realidad: *no sólo hay otra agua –la Samaritana-, y otra visión –el ciego de nacimiento-, hay también otra vida, una vida nueva, pero no sería realmente nueva, si no viniera del final de la vieja vida.*

La muerte de Lázaro provocó una crisis en Betania, en donde Marta y María lloran por la muerte de su hermano Lázaro. Y hay crisis en las familias por los padres o los hijos enfermos, por la muerte de un ser querido, por..., que producen sufrimiento y lágrimas. Y nosotros nos abrazamos, nos besamos, lloramos, pero no podemos hacer nada por el amigo, el hijo o la madre muertos. No los podemos despertar del sueño de la muerte por nosotros mismos. Y, como Jesús lloró ante tumba de su amigo, llora igualmente con nosotros, y nos dice como a Marta: *tu hermano resucitará; tú, tu amigo, tu hermano, tu padre y tu madre, todos resucitaréis, porque yo soy la resurrección y la vida.* Jesús nos abre los ojos al misterio de la vida nueva, al poder de Dios, asumiendo nuestra condición humana hasta la muerte en cruz, y llora porque todos somos su *amigo Lázaro*. Por Jesús y con Jesús sabemos que *la muerte no es el final del camino, que en la tierra no tenemos ciudad permanente, sino que vamos en busca de la futura, y que resucitaremos porque Cristo resucitó.*

5. Pidamos a la Virgen que, ante la muerte, nos llene a todos de serenidad, de alegría, de esperanza y del pleno convencimiento de que, como dice el salmo, *del Señor viene la misericordia, la redención copiosa.*